Y volviendo a lo comenzado, del gobierno y reinado de Chimalpopoca, decimos también que no se dice que tuviese guerras, con ningún pueblo ni gentes, aunque en su tiempo fueron contra los de Xaltocan que se habían rebelado y será posible que ayudasen los mexicanos en esta guerra; pues sabemos, por lo que atrás queda dicho, que Quatlecohuatzin por otro nombre Itzcohuatl era tlacochcalcatl o capitán general de los mexicanos y no había de tener este ditado, sin ocasión ni causa, sino para ejercitarlo en las que se ofreciesen como gente guerrera que era y lo habían mostrado cuando Tezozomoctli, tiranizando el imperio, se valió de estos dichos mexicanos y tlatilulcas, para la guerra que a los acolhuaques hicieron.

CAPÍTULO XIX. *De lo que el emperador Techotlala dijo a Ixtlilxuchitl, su hijo, a su muerte; y de cómo Tezozomoc trató de levantarse con el imperio, y de la conjuración que hizo*

UANDO TECHOTLALATZIN ESTABA CERCANO A LA MUERTE (que murió de una enfermedad leve) llamó a su hijo Ixtlilxuchitl y entre otras cosas que le dijo y dejó por aviso acerca del señorío que le dejaba, fue una, advertirle de cómo Tezozomoctli, rey de Azcaputzalco, era hombre astuto y ambicioso y deseoso de mandar y que sería posible que con el largo tiempo que había señoreado, tuviese ganadas las voluntades de algunos señores que por viejo lo respetaban y querían y que viéndose anciano y a él mozo le pesase de verse su inferior. Por lo cual le pedía que viviese con recato y que le tratase como a deudo y mayor en días, hasta ganar las voluntades de todos para que siendo amado del común, no tuviese que recelar alteraciones particulares. Con este aviso y otros que le dio murió el prudente rey y Ixtlilxuchitl quedó nombrado por heredero; pero pasadas las obsequias del difunto, que fueron hechas muy solemnemente, y queriendo el común hacer la jura del nuevo rey no consintió en el juramento Tezozomoctli y se salió de Tetzcuco antes y de callada se volvió a su ciudad de Azcaputzalco y luego hizo llamar al rey de Mexico (que dicen era Chimalpopoca) y al de Tlatelulco, Tlacateutl y les dijo, que pues era ya muerto Techotlalatzin (el cual los había tenido oprimidos y sujetos tantos años) que le parecía que gozasen de su libertad sin reconocer vasallaje al hijo que dejaba nombrado, dándoles ánimo para ello saber que ellos por sí mismos eran valerosos y no de menos ánimo para mandar, que el que quería entrar heredando; y que no solamente no era razón que lo reconocieran por mayor, pero que ni consintieran en su jura sino que haciendo ejércitos poderosos le hiciesen resistencia y le matasen para que la altivez y soberbia de su imperio se reprimiese y cesase mandando cada cual a los suyos sin reconocer otro mayor en su reino; que para esto él sería el primero formando campo y publicando guerra, para cuya ayuda hablaría a muchos señores que tenía parciales y propicios, los cuales no aguardaban más que oír su

voz para moverse. A esto respondieron los señores tenuchca y tlatilulcatl, que les parecía bien lo pensado y que hiciese su voluntad, que ellos la ejecutarían, como quisiese. Con este buen principio que halló envió luego aviso a muchos señores y reyes amigos suyos para que le ayudasen en esta empresa.

Llegaron estas nuevas a muy breves días a las orejas de Ixtlilxuchitl y acordóse de las palabras de su padre y confirmóse en la malicia del tirano viejo, que no quiso concluir sus días en la fe, que debía al imperio, sino negándola, hacerse emperador si pudiese; y, sabida su intención, comenzó a disponer las cosas del reino en la forma que la ocasión presente pedía; pero no fue como deseaba, porque muchos de los que le confesaron por señor en la muerte de su padre, se le apartaron a la voz del rey tirano, que ya se hacía emperador de todos y así quedó Ixtlilxuchitl con muy poca gente, porque con el pensamiento de Tezozomoc unos se le allegaron y otros, que tuvieron más brío, levantaron cabeza y comenzaron a querer señorear a los otros.

Viendo el tetzcucano las cosas cómo andaban, envió a avisar a los reyes de Huexotla, Cohuatlichan, Cohuatepec y Itztapalocan, para que como amigos y deudos saliesen a la defensa y que convocasen las gentes amigas que le habían quedado; pero como estaba todo el imperio revuelto, aunque los dichos reyes prometieron ayuda por sí y por sus gentes no la pudieron asegurar por otros y así fueron formando su ejército, poco a poco; y desque tuvo gente bastante Ixtlilxuchitl envió a desafiar a Tezozomoc diciéndole: que ya que él no guardaba la fe, que debía a sus canas, que tampoco él debía guardarla, a la que le tenía en parentesco; que saliese a campo con sus gentes si todavía insistía en su loca demanda, queriéndose hacer señor de lo que no lo era. A lo cual respondió el tirano, que aquellas razones y todas otras que podía alegarle remitía a las manos; y que pues quería ponerlo todo en ellas, que en los campos de Quauhtitlan le aguardaba; el cual lugar es cuatro leguas de este de Azcaputzalco, a la parte del norte.

Oída esta respuesta tan resoluta salió el campo de Ixtlilxuchitl repartido en quince compañías de otros tantos reyes y señores que le ayudaban; y no vino en persona, porque se lo estorvaron los suyos, diciendo: que más hacía en su ciudad, guardándola y ordenando en ella el socorro que podía enviar a los suyos, que no yendo personalmente a la batalla, donde había tantos traidores, no sólo descubiertos, pero paliados y vestidos de amistad fingida y falsa y que a uno solo le era muy fácil hacer en él lo que el tirano enemigo, con todas sus gentes no podía; y como se quedó, envió por capitán general de todo el ejército a Tochintecuhtli, hijo de Millato, rey de Cohuatlichan; y a Ircon, rey de Itztapalocan, por su acompañado. Los cuales marcharon para el lugar citado, donde halló un poderosísimo ejército de Tezozomoc, que le aguardaba.

Comenzóse la guerra, que duró por espacio y tiempo de tres años, sin conocerse de la una ni de la otra parte ventaja, porque el gentío de Tezozomoc era mucho y lo que le faltaba al campo de los acolhuas, de ella, les

sobraba en ánimo y valor y con esto empataban a los tepanecas la sobra que tenían de gentío y como la guerra se dilataba y Tezozomoc no prevalecía, fue jurado en el discurso de ella, Ixtlilxuchitl por emperador; la cual jura se hizo en la ciudad de Huexotla, donde le juraron los reyes de allí, llamado Millato y el de Cohuatlichan, llamado Omicxipan y Totomintzin, rey; y otros dos príncipes llamados Quexilpicatzin y el otro, Tuzan; la cual jura acabada se fue a su ciudad de Tetzcuco y dejóles ordenadas audiencias y consejos en sus ciudades que hasta entonces no los había, sino solamente en la ciudad imperial; y en su corte nombró por consejero de guerra al príncipe Tochintecuhtli. Cuando el ejército tetzcucano salió para los campos de Quauhtitlan fue destruyendo y asolando todos los pueblos que encontraba de los enemigos y así destruyó seis provincias, porque no iban vía recta, sino torciendo caminos; lo uno buscando campos donde alojarse; y lo otro pretendiendo hacer mal y destruir a los que les podían quedar a la espaldas, o a los lados para hacerles algún mal o daño y así iban rodeando tierras y cerros y buscando alojamientos útiles y convenientes a supropósito.

En el discurso de esta guerra, tan larga y prolija, hacían los tepanecas con sus aliados algunas entradas a las tierras de Tetzcuco y saqueaban muchos de los pueblos que estaban a la vera y orillas de la laguna, con el seguro que tenían de que la fuerza de la gente tetzcucana estaba en el ejército de Quauhtitlan y que no había quien se lo pudiese resistir. Y viendo Ixtlilxuchitl este tan gran daño y tan continuo puso guarnición, en aquellas partes, de gente que cercenó de los socorros y de esta manera reprimió la soltura y atrevimiento de los tepanecas, aunque no pudo estorbar que no matasen a Quauhxilotl, señor de Itztapalocan y su provincia, que murió defendiendo su pueblo y los lugares marítimos que por allí tenía a su cargo; todo lo cual se atajó con la buena diligencia de Ixtlilxuchitl. Duraron estas guerras, que los aculhuas tetzcucanos tuvieron con los tepanecas, como se ha dicho, espacio y tiempo de tres años, en el cual tiempo, aunque los tetzcucanos eran menos en número (por habérsele allegado toda la gente al tirano Tezozomoc), con todo esto tuvieron muchas victorias y los acabaran de vencer muchas veces si no les acudiera tanto socorro como de ordinario les venía; mas no por eso desmayaban los tetzcucanos, antes con mayor ánimo los acometían y mataban muchos de los enemigos, vengando la rabia de no poder vencerlos en los particulares que les venían a las manos.

Viendo Tezozomoc que de bueno a bueno y en campo formado, no podía concluir su intento, dio en querer paz con los que de corazón no la tenían y envió al de Tetzcuco a decírselo; y aunque no pudo tener confianza de que se la pedía de gana, hubo de hacerlo; porque ya los suyos no sólo iban en grande diminución, sino que cansados, los que habían quedado de la continua guerra, deseaban paces ora fuesen fingidas, ora verdaderas y así los campos se apartaron y cada cual se fue hacia su gente y provincia; pero Tezozomoc con intento y ánimo de acabar por traición, lo que no podía con justicia (que el traidor que lo es, a una traición añade ciento). Pasóse otro poco de tiempo que no se acometieron estos dos enemigos, pero crecía Tezozomoc en el señorío, porque los más del imperio se le lle-

gaban y se le apartaban al de Tetzcuco y otros muchos vivían en su libertad, haciendo cabeza y siéndolo cada cual en su provincia y pueblo (porque donde no la hay reconocida, cada cual se precia de serlo; porque a río revuelto como dicen, ganancia de pescadores).

No se aseguraba Ixtlilxuchitl de las paces que con Tezozomoc tenía y así andaba inquieto y ordenando cómo volver a recuperar su imperio; por lo cual convocaba las más partes que podía en su ayuda y favor y andaba retirado fuera de su ciudad por despoblados, conservando su gente y recibiendo otra que de nuevo le venía. Casó este rey con una señora mexicana llamada Matlalcihuatzin, hija de Huitzilihuitl, segundo rey de Mexico y de esta señora nació Nezahualcoyotl; de manera que era sobrino de Chimalpopoca y de Itzcohuatl. Tenía Ixtlilxuchitl tres hijos, el uno llamado Nezahualcoyotl (que después de él fue su heredero y rey famoso de Tetzcuco) y otros; y queriendo pasar más adelante a mejor puesto para recibir la gente que de algunas partes aguardaba, mandó a Nezahualcoyotl que se quedase en Quauhyacac, lugar cercano a la ciudad de Tetzcuco y él pasó cuatro leguas adelante.

Con estas guerras que Tezozomoctli hacía al reino tetzcucano andaba Ixtlilxuchitl, señor de él, corrido y afligido fuera de su casa por las montañas y bosques convecinos, con las gentes que le seguían y lo mismo los reyes de Huexotla y Cohuatlichan; y viéndose tan pobre y hambriento; y que los otumpanecas y todos los demás de aquella provincia que no les acudían con el pan y lo demás necesario que solían, por haberse hecho con el tirano Tezozomoctli, en cuyas cabeceras y pueblos tenía ya el dicho tirano puestos sus mayordomos para que le recogiesen todas las cosas con que acudían al de Tetzcuco, determinó de enviarles a decir lo mal que lo hacían los que con Tezozomoctli se habían confederado (que a la verdad, aunque los más se habían hecho con el tirano, muchos de ellos seguían a Ixtlilxuchitl, conociéndole por señor y rey natural); pero como prevalecía la mayor parte contra ellos, solicitaban en favor de Ixtlilxuchitl en secreto, lo que no podían, en público.

Para esto llamó a un sobrino suyo, llamado Cihuacuecuenotzin, hijo de una su hermana, llamada Iztacxochitzin, que casó en Azcaputzalco con Chalchiuhtlatonac y le dijo: ya sabes, sobrino mío, los trabajos grandes que pasamos y lo mal que lo hacen con nosotros las gentes que están obligadas a darnos de comer y sustentarnos y ya los otumpanecas y todos sus convecinos están rebelados contra nosotros y siguen el bando de Tezozomoctli; por lo cual conviene que vayas allá de paz y con la mayor humildad y sumisión que pudieres, los digas: que yo Ixtlilxuchitl, su hijo, ruego encarecidamente a los señores de aquellas ciudades, que pues son mi padre y mi madre, se apiaden de este su desgraciado hijo que anda huyendo por sierras y montes de Tezozomoctli, rey de Azcaputzalco, que le hace injusta guerra; y que también se duelan de los pobres viejos y viejas, mujeres preñadas y niños que por aquellos desiertos andan hambreando y llorando; y que pues están obligados a darme de comer que partan conmigo y con los míos de las cosas que ellos en paz y en libertad poseen y comen.

A estas razones respondió Cihuacuecuenotzin, y dijo: señor, tu voluntad y querer haré, porque más estimo obedecerte, que vivir; bien sé que mi vuelta a tu presencia es incierta, porque ya sabes que los otumpanecas están declarados contra ti en favor de tu pariente Tezozomoctli y que toda la tierra se va hinchendo de tepanecas por mandado del rey tirano y no es menos en Otumpan y no temiendo lo que puede suceder me voy a cumplir tu mandato; y te suplico, por última merced de las que de tu mano he recibido, que si no volviere te acuerdes de favorecer a Tzontecuichatl y Acolmizton, mis hijos que quedan niños y sin padre y será muy grande que los pongas en servicio de tu hijo y mi señor Nezahualcoyotl, que andando en su compañía estoy muy cierto que vivirán seguros a su sombra. Con esto se despidieron los dos y juntamente lloraron, diciendo Ixtlilxuchitl: los dioses te acompañen y te vuelvan que será posible que lo que dices de ti, halles hecho en mí cuando vuelvas, según son muchos los enemigos que me buscan y siguen.

Fuese Cihuacuecuenotzin a Otumpan con el recado que Ixtlilxuchitl le enviaba y antes de llegar (que no hay más de cuatro leguas de la una parte a la otra) le salieron de secreto a decir cómo gente tepaneca, enviada por Tezozomoctli, estaba en el pueblo, que iba a decir y pregonar ciertas cosas que el rey tirano mandaba. Pero aunque supo su llegada no receló de entrar y irse derecho a la plaza donde asistían los señores de la república; en la cual halló con ellos a los tepanecas, saludólos a todos en especial a Quetzalcuixtli, que era el señor mayor de aquella república. Y aunque cuando Cihuacuecuenotzin llegó tenían ya los tepanecas convocada la gente del pueblo de los otros demás comarcanos para decirles la embajada y voluntad de Tezozomoctli, no lo hicieron, antes dijeron a Quetzalcuixtli que mandase a Cihuacuecuenotzin que dijese el mensaje que traía de su señor Ixtlilxuchitl; lo cual Cihuacuecuenotzin hizo con mucho ánimo y esfuerzo, sin temer el furor de los contrarios y representó a Quetzalcuixtli todas las razones de Ixtlilxuchitl y la mucha que temía de quejarse de ellos, pues a él, que era su señor natural le negaban por el extraño. Lo cual todo oyeron muy atentamente los tepanecas que estaban allí, por orden de su rey Tezozomoctli y los demás otumpanecas que eran de aquella república y ciudad y sin responderle razón ninguna comenzaron todos a reírse y hacer burla de él; y uno de la ciudad, llamado Itzcuintlatlacza, tomó una piedra y tirósela a la cabeza y comenzó a dar voces, apellidando favor de los demás contra Cihuacuecuenotzin. Aquí levantaron la voz los tepanecas (que hasta que vieron la resolución y determinación de los de la ciudad, habían estado callando) y dijeron: muera, muera el traidor Cihuacuecuenotzin; y como cargaron todos sobre él, comenzó a defenderse de ellos con el mayor esfuerzo que pudo, por ser hombre valeroso y muy valiente, pero como eran tantos los enemigos hubo de huir y aunque fue huyendo y defendiéndose, un muy gran trecho, fue tanta la piedra que sobre él cargó, que le mataron y después de muerto le hicieron mil pedazos.

Con este hecho quedaron los tepanecas alentados y seguros de que serían oídos de los de la ciudad; y el más principal de ellos dijo a todos los

demás que estaban escuchando: mi venida y la de estos mis compañeros ha sido a muy buena ocasión, pues en nuestra presencia ha pasado el caso sucedido, que seremos buenos testigos para afirmarlo a nuestro rey y señor, Tezozomoctli, en confirmación de la lealtad y fe que esta ciudad y provincia le promete: el cual manda que al que se mostrase parcial y amigo de Ixtlilxuchitl, muera por ello; porque es enemigo suyo y que le guardéis fe y palabra de ser sus vasallos y aliados, ahora y en todo tiempo y que en orden de esto defendáis su persona y nombre, haciendo guerra cruel y mortal a Ixtlilxuchitl y a todos los que se declararen por suyos. Dicho esto por los tepanecas y obedeciendo los de Otumpan, levantaron la voz Quetzalcuixtli, Ayacatzone y Xochpoyon y dijeron, en nombre de todos los que presentes estaban: que obedecían a Tezozomoctli por su rey. En orden de esto mandaron a todos que no reconociesen a Ixtlilxuchitl, sino que le tuviesen por enemigo y que el que le siguiese, moriría por ello.

Luego los otumpanecas dieron aviso de este hecho a Teyolococohuatzin, señor de Aculma, que dicen era hijo de Tezozomoctli, para que estuviera cierto de cómo ellos obedecían a su padre; el cual con gente suya y con algunos tepanecas, que vinieron a darle este aviso, lo envió a su padre de lo sucedido, de que quedó el viejo muy contento y con esto fue prosiguiendo su guerra contra Ixtlilxuchitl. Dicen que luego envió Tezozomoctli, al señor de la provincia de Chalco, que juntamente con los de Otumpan buscasen a Ixtlilxuchitl y lo matasen y con este aviso anduvieron todos cuidadosos de quitarle la vida.

En este tiempo andaba el señor de Tlatelulco solicitando también la muerte de Ixtlilxuchitl, en favor del de Azcaputzalco y los tepanecas no vivían descuidados de procurarle la muerte en ocasiones que se ofrecían; para lo cual ya andaban libre y sueltamente buscándolas, no obstante la paz, que su rey le había prometido y en su ayuda acudían muchos pueblos y provincias. Los de Huexotla, Cohuatlichan, Cohuatepec y Itztapalocan, que estaban confederados y del bando de los tetzcucanos, viendo que casi lo más de la tierra estaba alborotada y hechos todos contra ellos, desampararon sus ciudades y fuéronse a los montes, buscando cuevas y guaridas donde salvar las vidas, porque para hacer rostro al enemigo eran pocos; mayormente que los reyes con lo lucido de sus gentes andaban con Ixtlilxuchitl en el campo y con esta fuga de los pueblos y alteración que les causaba ver que el tirano andaba recogiendo gente y que se le allegaban montones. Movió Ixtlilxuchitl su campo del lugar donde lo tenía situado y marchó adelante hacia tierra de Tlaxcalla.